

ta de Nueva York, venir á México y tomar el mando en jefe del ejército republicano para derrocar el Imperio. El ministro Romero y los emigrados mexicanos en la vecina República del Norte, desearon la oferta.

El general Santa-Anna llevaba mucho tiempo de no representar sino una personalidad desacreditada; hacía diez años que había dejado de ser el jefe de un partido, su espada ya no era temible para nadie; había perdido el hábito y el don del mando y aún el carácter astuto y atero que en otra época lo caracterizara, siendo ya para muy pocos aun la enseña del ejército regular. En consecuencia, su pronunciamiento contra el Imperio nada tuvo de temible, y la única significación que pudo habersele dado fué, la de que llegaba el momento en que despertaban todas las ambiciones desengañadas y las esperanzas decepcionadas, viéndose próximo el triunfo de los republicanos.

El Manifiesto revolucionario á cuyo pie puso su nombre el ex-dictador de México, fué sospechado con razón de apócrifo; pero el Sr. Vidal y Rivas, íntimo y estimado amigo del general Santa-Anna, dió público testimonio de la autenticidad del documento en que se hacía la invitación sediciosa. El general aseguró que iba á hablarles á los mexicanos con la sinceridad de siempre y que nunca los había engañado; que si se adhirió el Imperio de Maximiliano, fué porque lo creyó verdaderamente popular y llamado á hacer la felicidad de los mexicanos; pero que convencido de su equivocación, y al ver burladas las esperanzas del pueblo, ultrajada la dignidad nacional, escarnecida la justicia, esclavizado el pensamiento, la prostitución ensalzada, la virtud escarnecida, los altares enlutados y la Iglesia sumida en crueles tribulaciones, no podía menos que gritar: ¡guerra á los invasores! ¡Abajo el Imperio! ¡Viva la República! (1)

La prensa norte-americana despreció el Manifiesto, tomándolo por el lado ridículo y el *Times*, órgano de Mr. Seward, dijo que el documento y el autor transcendían á picardía, dolo y ambición pretensiosa, y que la presencia de Santa-Anna en México, serviría solamente para aumentar el desorden, pues pertenecía á la clase de los ambiciosos revolucionarios, egoistas y trapisondistas que durante los últimos cuarenta años habían hollado la libertad proclamándola, y sumido á la Patria, cada día más, en el abismo de donde decían que procuraban sal-

(1) Después de excitar á liberales y conservadores á olvidar sus antiguas rencillas y á unirse contra el enemigo común, pretendió explicar el ex-dictador los motivos que tuvo para declararse monarquista al aceptar á Maximiliano, un año antes. "Es verdad, dijo, que en mi manifiesto del año pasado, declaré que la monarquía constitucional era la última palabra de mi conciencia y de mis convicciones; pero recordad también, que no soy enemigo de la democracia, sino de sus excesos, y no olvidéis que yo soy el fundador de la República."

Quejábbase de la arbitrariedad y la descortesía con que le cerraron las puertas de la Patria, cuando iba á ayudar de buena fe al nuevo gobierno, y dijo que el decreto por el cual le expulsaron, estaba escrito en un idioma que no es el que hablaron sus antepasados, y que si "reconoció la Intervención francesa, fué cediendo á la fuerza de las circunstancias y no á su propia voluntad." Ofrecíase, aunque anciano, á combatir contra el Imperio aun como soldado raso; y si no le permitían las circunstancias realizar este deseo, se conformaba con esparcir públicamente sus sentimientos."



*El Cardenal G. Antonelli*

SECRETARIO DE ESTADO DEL PONTÍFICE PIO IX.

Acceptadas y sostenidas por el Emperador Maximiliano de Hapsburgo las leyes de Reforma, chocó con Monseñor Meglia, Nuncio enviado á México por la Corte Pontificia. En consecuencia el Cardenal Antonelli, en su calidad de Secretario de Estado, se negó á recibir oficialmente á la comisión presidida por D. Joaquín Velázquez de León y enviada á Roma en solicitud de un Concordato. Invitado Monseñor Antonelli á un banquete dado por el Embajador mexicano, rehusó asistir, lo mismo que otros altos dignatarios de la Iglesia. El fracaso de la comisión mexicana fué desde entonces notorio. En Roma se impidió la celebración, en la Iglesia de Jesús, de un Te-Deum en obsequio del Príncipe que imperaba en México, y favorecía la desamortización de los bienes eclesiásticos.

varla. Los imperialistas, lo mismo que los republicanos, emitieron juicios igualmente duros acerca del General Santa-Anna. (1)

Mientras que este revolucionario abogaba por la iglesia, la Comisión enviada por Maximiliano á Roma continuaba en el mal predicamento que guardó con la corte pontificia, desde la pugna con Monseñor Meglia, principio de otros disgustos, al grado de impedir que los mexicanos celebraran un *Te-Deum* en la iglesia de Jesús, y negarse los cardenales á concurrir al convite con que la delegación presidida por el Sr. Velázquez de León, quiso celebrar el cumpleaños del Emperador Maximiliano. Tal negativa fué considerada como una alta inconsecuencia que criticó también Mr. Sartiges, Embajador francés en Roma, pues aceptada al principio la invitación, se escusaron de concurrir el cardenal Antonelli, Mr. Franchi y otros prelados, la víspera del día señalado para el convite. Este hecho, unido á la constante queja que se oía en Roma, acerca de que en México seguían violándose los bienes de la Iglesia, pudo haber sido motivo suficiente para que la comisión mexicana abandonara su intento de procurar un arreglo con la curia romana; y se hubiera alejado antes, pero el Sr. Velázquez de León consideró mejor revestirse de calma y paciencia y persistió en permanecer en Roma, retirándose solamente el Embajador Aguilar y Marocho, designado poco después para representar al Imperio de Maximiliano en Madrid.

Queriendo los imperialistas dar valor á los títulos del primer empréstito mexicano que se encontraba decaído, hicieron el 3 de Julio la lotería relativa, en presencia del conde de Germiny. (2)

Salía entonces de París M. Eloin para Inglaterra y debía embarcarse en Liverpool para México; había hablado dos veces con Napoleón III, y al partir de Francia recibía las insignias de la Legión de Honor.

Maximiliano dictó varias disposiciones para que las reclamaciones francesas fuesen arregladas en el más corto plazo posible.

Por su parte los republicanos trabajaban por adquirir recursos en los Estados Unidos. A mediados de Julio habían llegado al puerto de San Francisco los Sres. Montesinos, Leyva y otros, con el designio de proporcionarse elementos de guerra. Habíase abierto en esa ciudad el «*Empréstito popular mexicano*,» bajo el nombre del representante Samuel Brannan, por poder que le confirió D. Gaspar Sánchez Ochoa, facultado para buscar recursos pecuniarios en aquel país. (3)

(1) El 8 de Julio de 1865, publicó el general D. Antonio López de Santa-Anna su manifiesto en San Thomas, contra la Intervención francesa y el Imperio, pero nadie creyó en las palabras de patriotismo estampadas en aquel folleto; la opinión pública lo recibió únicamente como una prueba de que la causa del Imperio era ya desesperada, puesto que Santa-Anna se pronunciaba en contra.

(2) Recayó el premio de quinientos mil francos en cierto individuo llamado Gigre; uno de los premios de cien mil tocó á un cochero de la compañía imperial, y otro de diez mil á un peluquero de Marsella. Designado por entonces para dirigir la hacienda de México Mr. Langlais, que era consejero de Estado, se embarcó á mediados de Agosto, trayendo dos inspectores y varios agentes del ramo de Hacienda.

(3) El empréstito sería por seis años, al diez por ciento. Se anunció la venta de los bonos

Por un poco de tiempo pareció que las relaciones entre los imperialistas de Matamoros y los norte-americanos de Brownsville, adquirirían un sello de cordialidad, dándose convites en ambas márgenes del Bravo, con asistencia de unas y otras autoridades. Pero los jefes franceses no cifraron gran confianza en el resultado práctico de las demostraciones amistosas de los norte-americanos. El ministro de Fomento D. Luis Robles Pezuela había hecho expresamente un viaje á Bagdad y á Matamoros, con la intención de promover y dejar arreglados importantes negocios relativos al Imperio, y se puso en comunicación con algunos jefes norte-americanos.

La conducta del Gobierno de Washington en lo relativo á los asuntos de México, sí inspiraba á los imperialistas más bien que seguridad, alarma; aunque tampoco satisfacía á los partidarios de la República. La neutralidad de Mr. Johnson, limitó el horizonte de las aspiraciones en los emigrados al país vecino, según lo revelaron sus publicaciones, no obstante que procuraban demostrar que todos los individuos pertenecientes al gobierno de los Estados Unidos y los caudillos militares de más popularidad, estaban resueltos á restablecer la República mexicana, aunque fuese necesario combatir á la poderosa Nación que fundó aquí el Imperio. (1)

Las protestas de neutralidad por parte del Presidente Johnson y la prohibición del alistamiento promovido contra el Imperio, poco valor debieron tener al lado de la orden que se envió á la vez al general Sheridan, quien á la cabeza de un fuerte ejército se dirigía á las costas de Texas, á pesar de la sumisión del rebelde Kirli Smith, siendo tal movimiento una prueba de que continuaba la gravedad de la situación. Los generales unionistas en sus discursos, al paso que repugnaban el filibusterismo, abogaban porque el gobierno tomara á su cargo la cuestión contra el Imperio; esta circunstancia, nada halagüeña para Maximiliano, no se neutralizaba con las observaciones del ministro Montholon, según las cuales prevalecía en la Casa Blanca una política tranquila, porque al lado de estas seguridades, el mismo ministro reconocía en sus mensajes, la ineficacia práctica de las medidas para impedir que, expediciones de hombres y municiones de guerra salieran para el territorio mexicano.

emitidos á cincuenta centavos por cada peso, en oro acuñado, y se subdividieron los bonos para facilitar su emisión en cantidades desde 50 á 1,000 pesos. Los intereses serían pagados cada seis meses, en el Banco del Pacífico, de la ciudad de San Francisco, y el capital á los seis años. Eran señaladas como garantías para el pago del capital é intereses: la mitad del producto de las aduanas marítimas de Guaymas, Mazatlán y Manzanillo, y los productos enteros de los Estados de Sonora, Sinaloa y Colima, cobrando esos productos los agentes respectivos que los depositarían en el Banco de San Francisco á disposición del referido Brannan.

(1) Recordábase el discurso que Mr. Johnson pronunció en Nashville el 9 de Junio de 1864 al aceptar la candidatura presidencial, en cuya vez dijo: "Las naciones de Europa ansían nuestra ruina." "Francia saca partido de nuestras dificultades interiores, y envía á Maximiliano á México para fundar una Monarquía en nuestras fronteras." "Le tomaremos cuenta cuando quede sojuzgada la rebelión." "Entonces diremos á Luis Napoleón: no podéis fundar Monarquía alguna en este continente." "Una expedición á México sería de recreo para los valientes soldados que hoy defienden la Unión, y cuánto hay de francés en aquel país desaparecería bien pronto."

Los inconvenientes y las dificultades con que se tropezaba en el terreno de la diplomacia, tampoco podían ser vencidos por las armas, pues aparte del poderío de los Estados Unidos, hallábase la Francia envuelta en graves atenciones en Europa, y no era dudosa su imposibilidad para afrontar la lucha por su cuenta y riesgo.

El Ministro de los Estados Unidos en París, Mr. Bigelow, enviaba el 26 de Julio una nota á Mr. Drouyn de Lhuys, recriminando la conducta de personas «que se titulaban representantes del gobierno imperial mexicano,» y terminaba con frases poco claras que contenían una especie de amenaza. El gobierno norte-americano había mandado al jefe de las fuerzas militares en Texas, que impidiera cualquier movimiento agresivo sobre el territorio mexicano, de las tropas que estaban á sus órdenes, *á menos de tener instrucciones especiales del Ministerio de la Guerra respecto á este asunto, exigidas por un estado de cosas que no se había previsto en aquel momento.*

La política del gabinete de Washington tendía á preparar el terreno, y era lógico que rehusándose á reconocer el Imperio de Maximiliano, debía seguir sus relaciones con Juárez. Lo que hacía en esos momentos, no conviniéndole declararse en abierta hostilidad, era aprovechar las circunstancias que se fueran presentando.

Napoleón III comprendió el peligro que amenazaba á sus tropas en México y dió instrucciones consiguientes al Mariscal; le aseguró que las relaciones entre Francia y los Estados Unidos no eran malas; pero que tomaban un carácter que podía llegar á ser grave; en consecuencia, Bazaine debía dictar sus disposiciones y si alguna vez los Estados Unidos querían invadir á México, habían de ser evacuados todos los puntos lejanos y tomar posiciones en un lugar central, hacer que se fatigaran los invasores por marchas largas y difíciles en país malsano y privado de recursos, y caer con todas las fuerzas sobre el enemigo fatigado y probablemente dividido. Le citaba como prueba de la bondad de sus consejos lo acaecido en la guerra de Crimea. No se habían de diseminar las fuerzas y siempre se recordaría, que la mayor de las dificultades para los ejércitos, sobre todo para los mal organizados, no estaba en los combates sino en las marchas á grandes distancias. «Voy á ocuparme con el ministro de la guerra, dijo, para aumentar insensiblemente nuestras fuerzas.» «Haced comprender al Emperador, que en las graves circunstancias en que pudiera encontrarse, no se trata de hacer liberalismo ni clemencia sino mostrar energía, buen sentido y entregarse completamente á los que pueden salvarlo.»

El proyecto de «emigración mexicana» que parecía haber fracasado, volvió á encontrar apoyo en los adictos á la doctrina Monroe, que pretendían ponerlo en planta prontamente. Una sociedad titulada «Legión Americana» se organizó con el ostensible objeto de promover la emigración á México, prometiendo sus agentes novecientos acres de tierra á los que quisieran unirse á la causa de D. Benito Juárez.